

De cómo una filosofía de la vida puede surgir a través de una meditación sobre la muerte.

Simón Royo

I. La alegría.

Un proverbio italiano dice: *Non è si tristo cane, che non meni la coda*, es decir, “no hay perro tan desdichado que no menee la cola”, lo que indica que todos los seres vivos superiores y complejos tienen siempre capacidad para la alegría, por duras que sean sus circunstancias, siempre y cuando no estén sometidos totalmente o de manera que aunque no se los mate del todo, se los incapacite del todo. Ya decía Homero que *lo terrible del hombre es que tiene un corazón que aguanta*, pero esa palabra, ‘terrible’, en griego tiene el doble sentido de monstruoso y maravilloso y, por tanto, la ambigüedad de ser tanto una maldición como una bendición. Las capacidades de placer y dolor, de alegría y de tristeza, son pares dialécticos que exigen cierta simetría. No podemos tener ni afinar la capacidad para la alegría sin hacerlo igualmente para la tristeza y viceversa. Luego el hombre más triste pudiera ser el más alegre y el más alegre el más triste, pues quien con tal profundidad puede experimentar un dolor con la misma profundidad podrá experimentar un placer. Lo que ocurre es que suele haber un desequilibrio y no el justo medio entre alegría y tristeza, siendo la armonía entrambos algo tan difícil como raro.

El *pesimismo* es algo relacionado con la tristeza, el *optimismo* con la alegría. Cuando la filosofía, como dijera Sócrates, se convierte en una *meditación sobre la muerte*, puede con facilidad extraviarse en lo que antaño se denominaba melancolía y hoy se denomina depresión, pero también podrá fortalecerse a través de semejante viaje y emerger con una mayor potencia.

Montaigne conocerá el adagio socrático a través de Cicerón, el capítulo XIX del Libro I de sus *Ensayos* se titula precisamente: “De cómo filosofar es aprender a morir”. Pero su interpretación del aserto tiene relación con vencer la *tristeza*, entendida como un afecto adherido al *miedo a la muerte*, pues sería ésta pasión la que la meditación filosófica vendría a conjurar. Por eso nos dice allí: “Uno de los principales beneficios de la virtud es el desprecio de la muerte, lo que llena nuestra vida de una dulce tranquilidad y nos da ese gusto más puro y amable sin el que cualquier otra voluptuosidad no existe”. Perder el miedo a la muerte es algo que Sócrates ya demostró tal y como se nos narra en la apología platónica o en el *Critón*, pero siendo una virtud necesaria, no es suficiente. Spinoza afirmará al respecto que “un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida”. (Eth.4PLXVII), de donde se deriva que el romanticismo y el existencialismo, la filosofía de la muerte, puede llegar a ser en lugar de una filosofía de la vida (Nietzsche) una filosofía pesimista (Schopenhauer) impropia de un espíritu libre. Porque hace falta gran fortaleza para mirar a la adversidad de frente y, meditando sobre la muerte, no caer en el desánimo y la melancolía, sino sacar de la patencia de lo caduco la energía para aprovechar lo más plenamente posible el instante. Se trata en la filosofía existencialista de una suerte de paradoja: algunos seres serían capaces de convertir el dolor en gasolina y alcanzar la alegría profundizando en la tristeza. Pero estamos entonces ante una excepción dialéctica.

En Spinoza se aclara semejante contradicción, puede darse una suerte de surtidor de la virtud a través del vicio, lo que a primera vista parecerá imposible, porque “el alma se esfuerza en imaginar sólo aquello que afirma su potencia de obrar” (Eth.3PLIV), mientras que “cuando el alma imagina su impotencia, se entristece” (Eth.3PLV).

Parece que imaginar la impotencia no es esforzarse lo suficiente, si bien la meditación sobre la muerte de la filosofía, en cuanto medio de conjurar el miedo a la muerte, puede terminar resultando en una imaginación de la impotencia (muerte) de la que no resulte tristeza, pues puede acabar resultando no ya una *imaginación* de la impotencia sino una *intelección* de la misma, y puede ser entonces algo a través de la cual se alcance una mayor perfección y, por tanto, de la que derive en definitiva, la alegría. La mayor perfección de todas será la de no alegrarse ni entristecerse sino tan sólo comprender, «humanas acciones non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere» (TP. 1, IV), pero casi divina será esa clásica definición de raciocinio teórico y, en el caso de los seres humanos y no ya de superhombres, de esos seres hipotéticos completamente sin miedo ni esperanza, habrá que atender a la alegría y la tristeza ligadas al conocimiento. Las acciones humanas son las más difíciles de inteligir sin involucrar en la intelección nuestras pasiones y afectos y es probable que en las ciencias se pueda alcanzar una mayor pureza de entendimiento, pero tanto en unas como en otras estarán presentes también la alegría y la tristeza, tanto como la imaginación y entendimiento de nuestra potencia e impotencia.

El hombre que lucha en mayor medida sin miedo y sin esperanza es el *héroe*, el que tiene en la lucha el motivo y la fuente de acción. La lucha le agrada, le produce placer y las victorias que obtiene le proporcionan toda la alegría que necesita. El héroe clásico era aquel que contra más se esforzaba por evadirse de su destino más acababa cumpliéndolo. Su grandeza estribaba en su lucha numantina, dispuesta a no capitular a ningún precio. Los que no somos héroes llegamos a transacciones con el sometimiento y como *hombres libres* aceptamos ciertas sumisiones pues consideramos que lo terrible no es estar sometido sino el sometimiento intolerable y sin espacio amplio de libertad. Aceptar cierto grado de sujeción es humano y no es más que el deseo, de naturaleza ilimitada, lo que nos lleva a experimentar todo límite y toda determinación como cosas inaceptables. El superhombre, el héroe, el espíritu libre, son ideales de la razón para el hombre relativamente libre, mientras que el sujeto del deseo es una máquina insaciable, el esquizofrénico, dividido entre un ser humano normal y una imaginación que no acepta ninguna limitación. Y ya dentro del mundo de los seres reflexivos el meditador sobre la muerte podrá caer en la locura de confundir el deseo de libertad con la omnipotencia, una facultad que reina en la imaginación y está al alcance de lo que Freud llamó 'Ello' o inconsciente profundo. Toda experiencia de semejantes seres, sea cualesfuere, se traducirá en frustración, pues toda experiencia es limitada y el deseo es ilimitado.

El filósofo de la muerte del nihilismo reactivo schopenhaueriano no sacará alegría y ganas de vivir de sus meditaciones sino tristeza y retroalimentación del instinto de muerte, aunque las excepciones a esa regla de las que hablábamos con anterioridad encuentren finalmente su lugar, en tanto en cuanto sirvan para mejorar y se transforme la meditación sobre la muerte en una meditación sobre la vida; pues de acuerdo con las definiciones spinozistas de los afectos: "II- La *alegría* es el paso del hombre de una menor a una mayor perfección. III- La *tristeza* es el paso del hombre de una mayor a una menor perfección" (Eth.3). De este modo, podemos explicarnos la paradoja de la filosofía de la muerte, porque ésta puede ser una victoria sobre el *miedo a la muerte* y una elevación a una mayor perfección, y en cuanto tal, no ya *imaginación* sino *entendimiento* y en realidad una filosofía de la vida de la que derivaría acción y alegría; o bien puede ser un continuo hundimiento en la constatación de las imperfecciones propias y de las del mundo que nos rodea, y en cuanto tal, (no ya imaginación sino también entendimiento) y en realidad un nihilista regodeo en la filosofía de la muerte de la que derivaría inacción y tristeza.

La filosofía de la vida como nihilismo afirmativo nietzschiano surge de un zambullirse en lo opuesto, el amor a la vida y el sí a la vida vendrá de aquellos que superen el miedo a la muerte al profundizar en ella. Es más, sólo aquellos que hayan alcanzado

la meditación sobre la vida pasando por la meditación sobre la muerte habrán alcanzado verdadera alegría, pues el bienestar ignorante del desconocimiento de la muerte no es alegría sino estupidez animal. La bajada a los infiernos es un tránsito iniciático, un camino hacia la vitalidad, pero por eso mismo no hay que quedarse en los infiernos ni habitar en ellos, sino que hay que pasar por ellos para que apreciar realmente el valor de la vida.

II. Nihilismo y vitalismo.

Hay una película bastante mala y banal en la que sin embargo puede verse un golpe de genio del escritor que le dio cuerpo, se titula *Entrevista con el vampiro*, una film de vampiros en el que los muertos vivientes decaían y degeneraban por no saber cambiar con el tiempo. Los tiempos cambian y hay que saber cambiar con ellos pero un ser inmortal no podría adaptarse a nuestra época y terminaría por disolverse él sólo aunque nadie pudiera matarlo. Sólo hay en la mencionada película un vampiro que no decae, que permanece hermoso, grande y fuerte a lo largo de los siglos, al que no puede derruir ni destruir el peso de Historia y los conocimientos adquiridos a lo largo de los siglos. Mientras que hay otro, también grande y hermoso, el príncipe de los vampiros de Europa, que empieza a decaer, que sabe su destino funesto a menos que arranque al primero su secreto y que sabe cual es ese secreto. El espíritu de nuestra época, el que puede hacer sobrevivir a los vampiros y que sólo uno posee, es el nihilismo, en realidad, ese es el espíritu de todas las épocas y lo único que puede soportar el mundo entero y la continua disolución del ser en el devenir para emerger nuevamente un nuevo ser. El príncipe de los vampiros lo sabe, pero no es suficiente, el primero no se lo quiere ni se lo puede enseñar, no se enseña el espíritu de nuestra época, que es el Fin de la Historia en cuanto es el espíritu de todas las épocas, no es algo susceptible de aprendizaje ni de enseñanza, es un *éthos*, un carácter, una forma de estar no estando, una forma de ser en el devenir, en rigor, la única forma de ser en el devenir.

La nostalgia es el dolor placentero que se experimenta ante la proximidad de lo lejano y la Historia nos aproxima toda la humanidad y echa sobre nuestras espaldas el sufrimiento y la grandeza del mundo. Ha de acompañarse de un gran escepticismo esa nostalgia y de una gran fuerza interior esa forma de estar en precario o de lo contrario viene la inacción, el decaimiento, la depresión profunda, el abandono y la muerte en vida se convierte en sólo muerte. Los demás necesitan de la mentira y de la ilusión para poder actuar, pero aunque Hamlet conoce la náusea de obrar y la imposibilidad de que la acción modifique la esencia de las cosas, actúa, y es precisamente su dolor ante un mundo profundamente inmerso en la mentira lo que le lleva a la acción. El dolor convertido en gasolina, el placer como letargo del olvido, catársis y descanso de la acción y peso del pensamiento, he ahí el secreto de ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo sentido. Lo que olvidó Nietzsche y eso tenemos la obligación de recordarlo, es que el ser humano es tanto un ser depredador como un ser placentario, la anamnesis de la placenta, de nuestro flotar en un líquido dentro del vientre materno, es la otra cara de la sabiduría de Sileno y olvidarlo es un crimen contra la vida, un no amar la vida, un convertirse en ese vampiro que anhela la disolución por no ser capaz de soportar una existencia que equivocadamente concibe en un único sentido, pues tan erróneo es creer como el budistacristiano que la existencia es culpable como no pensar y vivir bajo la ilusión de que es totalmente inocente. Inocentemente se sumerge el comprador compulsivo del consumo conspicuo en el Corte Inglés, ahí tenemos al niño, otro error de Nietzsche, pues aquí hay que retomar más bien a Aristóteles, es el león el justo medio entre el camello y el niño, no seamos tan hegelianos que creamos en una progresión lineal.

Instalado en la paradoja el pensador puede arrancar profundas vetas a la vida, pero las arranca el pensador, no los que lo leen y no piensan, éstos son como el vampiro que quiere aprender lo que de ningún modo puede enseñarse. El nihilismo del pensamiento es un vitalismo con el cual un hombre que no puede soportar la paradoja pero es empujado por ella recrea un mundo, y toma, matándole, el lugar de Dios. Luego vendrán los gusanos a roer esa obra cuando el pensador muera pero no podrán alimentarse de ella a menos que ellos mismos, a través de la aventura de su propio pensamiento, salgan del nihilismo reactivo y arriben al nihilismo afirmativo, a menos que dejen de estar muertos y comiencen a ser muertos vivientes elevándose desde el gusano hacia el hombre e incluso el superhombre. Porque el pensador no se conforma ni resigna al destino del mosquito, ni quiere caer en su prepotencia y engreimiento, sino que concibe el escepticismo, el dolor, como motor de la dialéctica, como energía para el obrar y fuente para el vivir. ¿Cómo puede ser la negación afirmación? ¿No se viola con ello el más elemental de los principios, el de no contradicción? ¡De ningún modo! Se violaría en un universo estático pero la afirmación es negación en un universo dinámico y eso fue lo que comprendió Heráclito y llegó a conceptualizar adecuadamente Hegel.

Porque no hay la Nada, no existe el vacío pleno, siendo lo contrario del Ser el Devenir y no la Nada. Decimos nihilismo para referirnos al cambio y para el nihilista reactivo el devenir es Nada mientras que para el nihilista afirmativo el Devenir es el verdadero Ser siendo su contrario, el Ser de la Idea, una Ilusión transitoria, pero que, mientras permanece, tiene efectos. Y tiene efectos porque una ilusión no es una Nada, la ficción de Dios no es una Nada, sino el simulacro de un grumo en la sopa del devenir, mientras que la Ciencia tampoco es una nada, sino un verdadero grumo compacto de índole no tanto ilusoria como material en ese caldo en continuo cambio al que pomposamente y presuponiendo un orden a priori y eterno llamamos a menudo cosmos.

III. El tiempo de la venalidad universal.

La tendencia a que todo se pueda comprar y vender ha aumentado sin cesar desde el siglo XIX, pero aun así, hay cosas que no se compran ni se venden y que difícilmente se podrán llegar a comprar y vender algún día. Marx predijo la era de la compra-venta universal y siento el que siempre me suceda el dar con que, *alguien ya lo dijo antes*, pues parece que desde los griegos no hubiera habido nada nuevo bajo el sol. No es cierto que todo este ya dicho pero sin embargo impresiona la sagacidad de los antiguos y de quienes nos precedieron: “Llegó un tiempo en que todo lo que los hombres habían venido considerando como inalienable se hizo objeto de cambio, de tráfico y podía enajenarse. Es el tiempo en que incluso las cosas que hasta entonces se transmitían, pero nunca se intercambiaban; se donaban, pero nunca se vendían; se adquirían, pero nunca se compraban: virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc., todo, en suma, pasó a la esfera del comercio. Es el tiempo de la corrupción general, de la venalidad universal, o, para expresarnos en términos de economía política, el tiempo en que cada cosa, moral o física, convertida en valor de cambio, es llevada al mercado para ser apreciada en su más justo valor” (Karl Marx *Miseria de la filosofía*. Ediciones Jucar, Madrid 1974. I. *Un descubrimiento científico*. 1. *Oposición entre el valor de utilidad y el valor de cambio*. p.73. [MEW4, p.69]; 1846-1847).

Esa inteligencia que se encuentra en los estudiosos de antaño, entre los sabios, los científicos y los artistas, nos lleva a pensar que no hay progreso, que el mito del progreso es una falacia y que, simplemente, en cada época hubo unos pocos hombres que se elevaron hacia lo alto llegando hasta lo que deseáramos para toda la humanidad y que el desarrollo tecnológico no lleva parejo ningún avance de envergadura. Esos pocos, muchas veces, han sido llevados por su grandeza en la

dirección del dominar y sojuzgar, entonces no han sido sabios, ni científicos, ni artistas, sino militares, religiosos y políticos, mientras que los anteriores les llevaría su grandeza a liberarse y a facilitar con sus obras, la liberación de los demás y la de los venideros. Aunque, bien mirado, tampoco deberíamos separar a los dos bandos totalmente, de un lado lo positivo, sabiduría, ciencia y arte, de otro lo negativo, milicia, política y religión, ya que todos esos elementos descollantes pueden ser, dada su naturaleza híbrida y amoral, en cuanto poderes, tanto creativos como dominadores, dependiendo de su orientación y surgen de una raíz común. Además, la guerra entra dentro del arte, la política en la ciencia y la religión, quizá, en la sabiduría, cuando se acerca a la mística elevada y sobrepasa a las iglesias y los dogmas.

Los hombres nacen siendo potencias semejantes por naturaleza, entonces, ¿por qué las desigualdades? Porque se nace en una sociedad ya dada y no en la naturaleza. Depende entonces de cómo esté estructurada esa sociedad el cómo serán los nacidos en su seno. Si una sociedad está estructurada de forma que la participación política sea una necesidad, entonces, los nacidos en ella, desarrollarán esa capacidad; si se estructura además requiriendo como necesario el que los ciudadanos cultiven su inteligencia y contacten con la sabiduría, las ciencias y las artes, todos ellos desarrollarán esas capacidades. Sin embargo la sociedad dada que nos encontramos hoy en día está estructurada de forma que lo único necesario que les presenta a los nacidos en su seno es la del trabajo, el de la producción. ¡Hijo, tienes que trabajar para ganarte la vida! Y no es que las ciencias y las artes o la política y la sabiduría no entren dentro de la categoría de trabajo o de producción, sino que con ello se presenta tan sólo la necesidad de la compra-venta, ya que la fuerza de trabajo es todo con lo que cuenta el mal-nacido en nuestra sociedad actual y tiene la necesidad de venderla para subsistir.

Desde luego que quienes han impreso esa necesidad social en la civilización contemporánea no debieron ser quienes no contaban con otros recursos que con su capacidad de vender su trabajo, sino que fueron quienes contaban con la capacidad no sólo de venderlo, sino de comprarlo también. Por eso tomó el nombre de sociedad burguesa o sociedad capitalista, precisamente porque fue construida por unas fuerzas que dominaban y dominan a quienes más se beneficiaban y se benefician de ella, a partir de unas coordenadas materiales que les fueron dadas y por unos descubrimientos científicos y unas riquezas naturales que tuvieron que expropiar a los demás y apropiarse ellos mismos.

Pero volvamos al texto citado, donde se nos dice que “virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia” son cosas que han llegado a comprarse y venderse. Pues no es del todo cierto. No se compra la amistad pero se pueden comprar acompañantes pagados a los que llamar impropiamente amigos, no se compra la virtud sino que se puede comprar el renombre de justo pagando a quienes lo divulguen, no se compra la ciencia ni el conocimiento, sino que se pueden comprar títulos universitarios. No se puede comprar el amor sino que se compran acompañantes sexuales a cambio de un salario. No se puede comprar la conciencia, sino que se compra la opinión y la ideología por un puñado de garbanzos. De modo que “virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia” son algo, en cierto modo inalienable, porque nadie puede vender lo que no posee, mientras que, por otro, son las cosas más vendibles del mundo, en cuanto que lo que se vende con el nombre de virtud no es más que vicio, lo que se vende con el nombre del amor no es sino odio, lo que se vende con el nombre de la ciencia no es sino error; lo que se vende como opinión es la apatía y lo que se vende como conciencia, la inconsciencia.

Se me dirá que resulta poco consuelo el que no se pueda enajenar realmente la ciencia, ya que la tecnología, sin pagar nada por ello, se apropia libremente de la ciencia de Arquímedes, Euclides, Newton o Einstein, sin que la humanidad reciba derechos intelectuales de semejante explotación de recursos. Se me dirá que resulta

poco consuelo que el amor sea inalienable si se puede prostituir a un ser humano y utilizarlo de esa forma, comprándolo y usándolo como cualquier otro artículo del mercado. Se me dirán cien cosas semejantes. Y se tendrá razón.

Pero se sigue “transmitiendo, donando y adquiriendo” además de comprando y vendiendo, por más que lo último parezca abarcarlo todo y lo primero haber quedado arrinconado. Si se transmite a un joven un conocimiento, no se le pierde por ello, aunque incluso se venda y se transmita por dinero, como hacen los profesores, puesto que es diferente mercancía el conocimiento que los bienes corpóreo-materiales. El conocimiento, en cierto modo, se puede comprar y vender pero, curiosamente, no se pierde cuando se hace de otro, porque en realidad nadie lo posee al no ser un objeto. A diferencia de lo que le ocurre al obrero que fabrica una vasija de barro, que cuando la vende, la pierde a cambio de dinero con el que intercambiar en el mercado; quien fabrica una idea y la comparte o la vende, no por ello se queda sin idea, luego es distinto alienar que vender, pues lo primero significa darlo todo y lo segundo tan sólo una parte; el primero otorga el tiempo y el producto, mientras que el segundo otorga el tiempo y el producto, pero conserva el producto, ambos mantienen, sin embargo, la capacidad creadora, que resulta inextirpable. Y si hablamos no ya de lo que se transmite, sino de lo que se dona o adquiere, nos encontramos con cosas que no se pueden ni vender, ni alienar. La donación excluye la venta puesto que no se recibe nada a cambio y la adquisición también, ya que se pueden comprar y pagar clases de inglés, pero no el conocimiento de la lengua inglesa, se pueden comprar títulos académicos, pero no las capacidades que se supone certifican, pues estas últimas han de ser adquiridas de un modo distinto al de la compra-venta. Nos acercamos entonces a la resolución de la sorpresa que nos producía la cita de Marx. Lo que se compra y se vende, y por eso vivimos en el tiempo de la venalidad universal, no son “la virtud, el amor, la opinión, la ciencia y la conciencia”, sino los medios que conducen a alcanzar la virtud, el amor, la opinión, la ciencia y la conciencia. Como decíamos antes no se compran conocimientos de lengua inglesa en el mercado sino que se compran clases de inglés, esto es, se compran los medios a través de los cuales es posible adquirir y desarrollar las capacidades que se han de alcanzar. Si no se tiene garantizado por nacimiento un entorno de afecto, ¿cómo se podrá alcanzar el amor? Si no se disponen las medidas necesarias para que todos adquieran y desarrollen la virtud, ¿cómo se pretende vivir en una sociedad de virtuosos? Si no contamos con la posibilidad de ejercitarnos en la construcción de nuestra opinión y nuestra conciencia, ¿cómo no vamos a tener como opinión nuestra la de los demás y como conciencia la de quien que nos paga? Si se nos escamotean los medios para cultivar las ciencias, ¿cómo vamos a ser racionales? Si se nos impide cultivar las artes ¿cómo desarrollaremos nuestra sensibilidad? Toda semilla crece y se convierte en árbol siempre y cuando el campo y el abono lo propicien.

Desde luego a quienes el poder lleva a dominar cuidan de que un número reducido y que les sirva de reemplazo tengan acceso a los medios para alcanzar la virtud o la ciencia, pero no los aprovechan enteramente en esa dirección, sino que prostituyen la virtud y la ciencia hacia la consecución del mantenimiento de su dominio y del incremento de su patrimonio. Por eso son los que dominan. Quienes logran acceder a los medios y no prostituyen los fines acaban enfrentándose a los dominadores, siendo traidores de clase, pues nada hay más afrentoso para el que domina que un ser que en lugar de dominar crea, que en lugar de sojuzgar se libera y llama a la liberación, que en lugar de trabajar disfruta con su simultánea actividad de adquirir y producir, que no compra ni vende más que lo indispensable, y lo demás, lo transmite y lo dona. El peor enemigo del dominio es la potencia y no puede erradicarse a ninguno de los dos, pues ambos tienen el mismo origen, el poder. Todos los seres humanos nacen con un poder o una potencia que puede ser agostada, cercenada, limitada y coartada o que

puede crecer y manifestarse en cuanto potencia o, si se prostituye, en cuanto dominación, que no es sino potencia desviada.

De ese modo, los espíritus libres y quienes se orienten hacia la libertad, buscarán la equiparación de los medios para todos los hombres (la justicia y la igualdad) porque estará en su naturaleza la potencia de la liberación, resistirán a la dominación, formando una comunidad inconfesable que nunca saldrá del anonimato y se enfrentarán, de esa forma, al tiempo de la venalidad universal.

IV. Esquizovampiro e Imperio.

A.

El burgués es un falso justo medio, el que se produce entre la explotación y el ser explotado, esto es, es alguien que explota y es explotado al mismo tiempo, siendo su condición contradictoria la que le sitúa bajo una conciencia esquizoide. La clase media es el injusto medio que acoge los dos extremos en lugar del justo medio entre los dos extremos, no es la virtud, si no la conjunción de los vicios. Pero veamos a continuación cómo es la situación existencial del burgués occidental y qué tiene que ver con la leyenda de los vampiros.

El agotamiento y la falta de energías se reflejan en sus rostros pálidos como si fuesen víctimas de un vampiro y, en efecto, lo son, pero es que el verdadero vampiro no vino de Transilvania, sino de Inglaterra, es en realidad un muerto viviente con largos colmillos que se alimenta de plusvalor, de la sangre y el sudor ajenos, y que sólo puede sobrevivir de ese modo. Su verdadero nombre tampoco es Drácula sino que es bien conocido desde que un judío alemán refugiado como apátrida en Londres desvelase su verdadero nombre al estudiar y escribir en el Museo Británico. Lo novedoso del vampirismo actual frente al clásico reside en que muchos ex-seres humanos, sobre todo los de los países desarrollados, ostentan una paradójica doble condición de inexistencia, una doble naturaleza, la de los esquizovampiros. De día se dejan chupar y de noche chupan, son chupados y chupadores simultáneamente y entre sí, trabajan y tiene acciones en Bolsa de su empresa, de modo que si los despiden sus acciones suben y si su salario aumenta sus acciones bajan, ello hace que no sepan si son víctimas o verdugos, porque al ser ambas cosas a la vez sus mentes quedan maltrechas ante semejante contranaturaleza híbrida y contradictoria. Ciertamente todavía quedarán tipos puros, de vampiros que sólo chupan y de mortal que se deja hipnotizar antes de ser chupado, hechizado por una vana esperanza de inmortalidad: si se dejan chupar por vampiros llegarán un día a recibir el mordisco especial y se convertirán en vampiros.

Sólo a un ser al que se le ha succionado toda la energía puede someterse a la tortura de encender el televisor, máquina de prolongación de los ominosos ojos del vampiro, cualquier otro ser vivo moriría frente a las agresiones mediáticas; pero cuando desde el nacimiento se ha adquirido el hábito y desde edad laboral se ha padecido una tortura intensa y succionante, ya se sabe por los estudios sobre umbrales de percepción, se experimenta una disminución de intensidad como un alivio e incluso como un placer. La tortura leve del televisor es recibida con agrado pues la disminución de la succión y su sustitución por la hipnosis permite cierta recarga energética, desgraciadamente, apenas la suficiente para regenerar los glóbulos rojos y poner el cuello al día siguiente. Por eso la rebelión y la subversión contra el vampirismo son tan difíciles y ya tan infrecuentes. Pues cuando uno consigue un puñado de ajos y no digamos ya una estaca, hay que ver como se ponen los vampiros. Las cruces y el agua bendita también les cabrean mucho, pero eso es porque las alienaciones se excluyen entre sí y no se puede chupar tanto donde chupan mucho, y además, porque la sangre del consumidor de opio no sabe tan buena y tan rica como la que viene fresca y no envasada en tetrabrick.

Los vampiros clásicos se ponían histéricos, como los hemos visto en las películas, cuando veían los ajos o las estacas en manos de colorados humanos, llamaban a la policía de ultratumba y eran presa de un pánico bestial. Pero el esquizovampiro actual es más sutil, pues lo que hace es fingir que se encuentra en el ajo, cosa que no le cuesta mucho, ya que también puede mostrar unas marcas recientes en su cuello, y se dedica a preparar en la cocina de sus mass media una falsa y atractiva sopa de ajo, la cual envenena cuidadosamente antes de hacérsela comer a los demás. Incluso ellos mismo llegan a tomar esa sopa en público, para mostrar su humanidad a los cuatro vientos y, venciendo su repugnancia, por un instante, llegan a jurar por la Biblia que tiene un sabor delicioso, que resulta muy nutritiva y que el amor, la inteligencia, la paz mundial, la libertad y la democracia dependen de que se consuma a raudales.

B.

“Capitalism was born in Europe through the blood and sweat of conquered and colonized non-European peoples: **«The veiled slavery of the wage-labourers in Europe needed the unqualified slavery of the New World as its pedestal»**”. (Michael Hardt & Antonio Negri *Empire*. Harvard University Press 4ª, 2001: 2.3, page 118; Marx's *Capital* quoted).

Una amiga de Argentina me mandó una “Carta de un cacique Indio” en la que se manifestaba que Occidente explota y ha explotado al Tercer Mundo, que “los españoles” éramos responsables y culpables de la situación de Latinoamérica, ante lo que le contesté de la siguiente manera:

El caso es que el interés usurero con el que a los individuos sangra el banco para poder adquirir a lo largo de su vida el simple derecho a cobijarse bajo un techo, derecho adquirido mediante el trabajo extenuante durante 30 o 40 años, se considera ya un privilegio. ¡Vaya mundo! ¡La esclavitud un privilegio! Un privilegio que se llevaba a cabo primero con individuos y que luego se le otorgó a países. Pero cuando la alternativa es esclavitud o morir de hambre la primera es, sin duda, la mejor opción, aunque resulte extremadamente cínico el llamarla "privilegio". Para algunos seres muy orgullosos la alternativa entre hambre y esclavitud es falsa y debe denunciarse. Caben otras opciones pero no hay voluntad política de ponerlas en práctica. Ahora bien, esos seres orgullosos son tales que ante el dilema esclavitud o muerte prefieren lo segundo, ante la convicción, de que una vida indigna no merece la pena vivirse. Así actuaron en Numancia ante la invasión romana y por eso decía un egregio revolucionario que era mejor morir de pie que vivir de rodillas. Quizá la resistencia de la Argentina en estos momentos sea una resistencia numantina, o quizá logre alcanzar una vía alternativa y abra la puerta a otras opciones, de cualquier manera, el ejemplo histórico esta dado y el coraje de un pueblo, llama primero a la admiración, y clama después porque los demás pueblos se atrevan a abandonar los supuestos privilegios falsos de su esclavitud autosatisfecha y arrosten el arrojito en la existencia, afrontando el peligro de perecer o lograr la libertad. Porque los privilegiados del saqueo de América no son los ciudadanos o miembros del pueblo español, ese médico, oficinista, dependiente, taxista, profesor, funcionario, parado o jubilado con el que me encuentro comprando el pan, sino unos poquisimos señores que ya no tienen patria ni nacionalidad, unos pocos que son los enemigos de todos, los banqueros y financieros del mundo globalizado, ¡vampiros! (ya no seres humanos) que se alimentan de la sangre de los demás y que disimulan su existencia fantasmal enfrentando a los expoliados y a los pálidos desangrados entre sí.

“The multitude is the real productive force of our social world, whereas Empire is a mere apparatus of capture that lives only off the vitality of the multitude –as Marx would say, a vampire regime of accumulated dead labor that survives only by sucking off the

blood of the living” (Michael Hardt & Antonio Negri *Empire*. Harvard University Press 4ª, 2001: 1.3, page 62).

Pero la tarea del hombre libre es la de ni chupar ni ser chupado, no ser víctima ni verdugo. Una posición que en el mundo desarrollado no es muy difícil de adoptar. Después de la meditación sobre los muertos y sobre los locos tenemos que volver a la sensatez y a la cordura, a un sentido común que compartimos con los demás hombre y que como razón común aconseja el justo medio entre los extremos. No una posición reformista, sino la única realmente revolucionaria, al ser la única que ni es totalmente esclava del colectivo ni totalmente egoísta y esclava del autismo individual. Un anarquismo que defiende al individuo tanto como al Estado, protegiendo siempre al primero del segundo, pero protegiendo a ambos de un tercero, del Mercado, cuyas riquezas pueden llevar a la mayor pobreza y cuya seducción supone la máxima perdición.